Evocación a Miguel Grau



Monseñor
ESTEBAN PUIG Y TARRATS



No quise esperar hasta el mes de octubre para evocar la persona de nuestro Almirante Miguel Grau y el entrañable Monitor "Huáscar". Grau estará siempre en la memoria eterna de los peruanos por su caballerosidad, su arrojo y su religiosidad a carta cabal. Su vida es un dechado de honor, de hombría y de buen andar cristiano. Existe una ley en virtud de la cual los elegidos lo son según su naturaleza, y son llamados según su carácter. Me urgía revivir aspectos de su vida y su actuar en los avatares de la Guerra del Pacífico.

Me invitaron a visitar, en Chile, el "Huáscar", el monitor peruano donde Miguel Grau realizó sus proezas de marino y su ejemplaridad de hombre íntegro. Al principio tuve un presentimiento, como de temor. El "Huáscar" está anclado en la bahía de Concepción, en Chile, frente a los edificios que ocupa la Escuela de Oficiales de la Marina chilena. No me sentía preocupado por las medidas de seguridad, que sí existían, como es lógico, sino por el posible impacto negativo que podía producirme conocer el "Huáscar" —"muralla móvil del Perú" (Basadre) y bandera de peruanidad— y, a la vez, ver el lugar donde murió Grau. Tenía muchos sentimientos entrecruzados. Según la opinión de Chile, la guerra surgió por una conspiración de Bolivia y de Perú contra los intereses adquiridos en Antofagasta. Según la tesis peruana y boliviana, por el contrario, se trató de una conquista aventurera de Chile. Lo cierto es que un solo hombre

tenía en jaque a toda la flota chilena, mostrando audacia, arranque de acometida, comando sobre los acontecimientos, peligrosidad en el ataque. Los mismos chilenos se quedaban asombrados por la forma en que él atacaba, su táctica de sorprender, su sabiduría y astucia para retirarse a tiempo y escabullirse ante el asedio. Tenía, pues, la infausta sospecha de que al visitar el "Huáscar" encontraría una exaltación impertinente de la victoria chilena y una humillante exposición de la derrota peruana. Sé que hubo por ambas partes un gran pundonor, un auténtico amor por defender lo que uno lleva en el alma: la dignidad, el amor al terruño, a la familia, a los hijos, a los hombres y mujeres; decentes, humildes, trabajadores... Presentía encontrar en la visita al "Huáscar", anclado gallardamente en la bahía de Concepción, un motivo más de resentimiento, de odio, de humillación entre hermanos. Y no fue así.

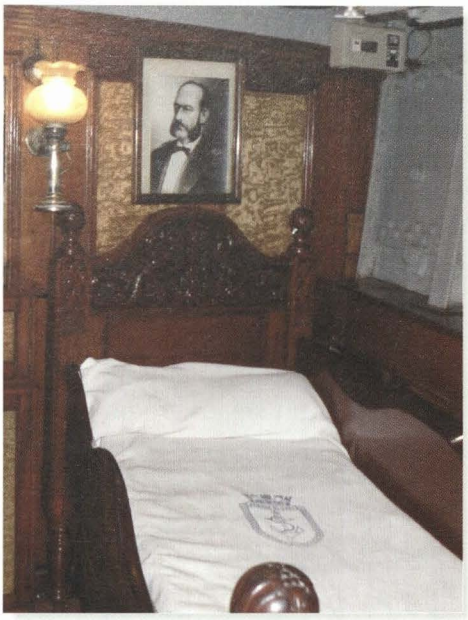
Al ver a lo lejos la silueta inconfundible y exánime del "Huáscar", mi corazón tuvo un dulce sobresalto. Vi acercarse una chalana jalada por marineros vestidos con uniformes de gala. A medida que nos acercábamos, la figura imponente y majestuosa del "Huáscar" se agigantaba. Ya estando cerca, tuve la impresión de que nosotros éramos como pigmeos —como Gulliver en el



El monitor "Huáscar", bandera de peruanidad.

país de Liliput— intentando un inútil abordaje. No esperaba encontrar lo que vi. El "Huáscar" y todo el resto estaban impecablemente limpios y resplandecientes al sol de mediodía. La corbeta olía a recién pintada, con un orden de belleza clásica, señorial.

El primer encuentro con la historia se dio en la cubierta. En el suelo de la misma hay una placa de bronce que exalta al Almirante Grau con alusivas palabras de Héroe y Caballero. Una como linterna marina de bronce de un metro, en dos cuerpos, marca el lugar exacto donde había caído herido de muerte. Más allá, hay otra placa recordatoria de Arturo Prat, Comandante, que cayó al intentar abordar el "Huáscar".



Ambiente de descanso del Almirante Grau.

Iquique, 21 de mayo de 1879. Chile toma Antofagasta y sucesivamente va ocupando puertos de Bolivia: Cobija, Tocopilla, Mejillones... La escuadra chilena comenzó por bloquear el puerto salitrero peruano de Iquique, incendió Pisagua y bombardeó Mollendo. Informados de la acción chilena, el "Huáscar" y la Fragata blindada "Independencia" —la mejor nave que tenía Perú— avanzan hasta Iquique. Ante las agresiones de la "Esmeralda", Grau decide usar el espolón. Al tercer espolonazo que le asesta, muy juntas las dos naves, Prat, con un sargento y un marino, intentaron saltar sobre el puente del monitor. El abordaje fue un acto de valentía y coraje, pero inútil. Murieron en la cubierta del "Huáscar". A la vez, la "Independencia", mortalmente herida, se hundía en las aguas del océano. El combate había durado cuatro horas. Miguel Grau saca a relucir su caballerosidad. Salva a los sobrevivientes, manda curar a los heridos, y antes de enterrar el cuerpo de Prat, recoge sus despojos militares y, en una emotiva y maravillosa carta, desde Pisagua, el 2 de junio de de 1879, escribe a la viuda: "[...] cumplo con el penoso y triste deber de enviarle las para usted inestimables prendas que se encontraron en su poder y que son las que figuran en la lista adjunta". El gesto es de una sublimidad tal, que impresiona por su trágica belleza.

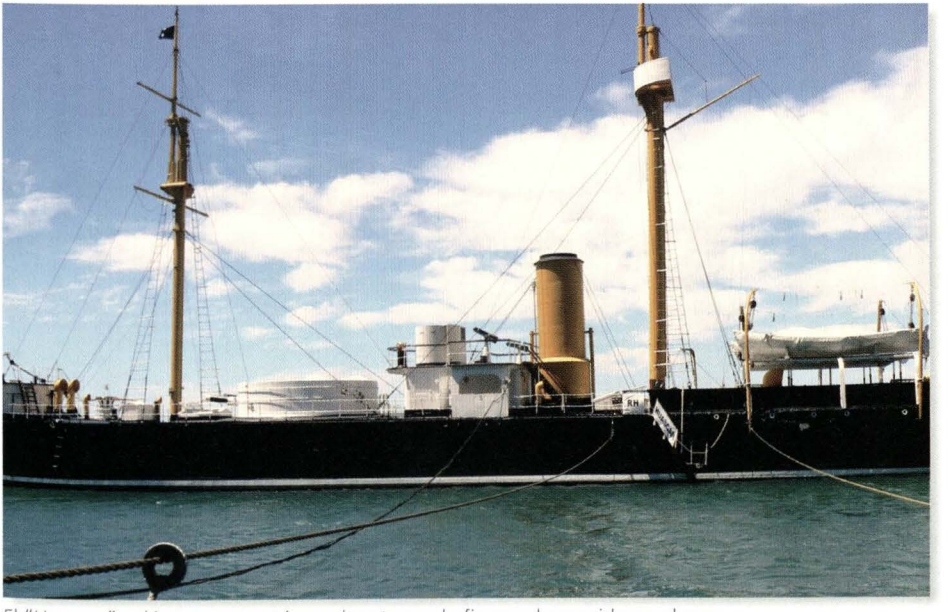
El "Huáscar" inicia correrías por Antofagasta, Iquique, Puerto Calderas, Huasco, Chañaral, Carrizal y Pan de Azúcar. Sin la "Independencia", el "Huáscar" queda prácticamente solo. Antes de la Batalla de Angamos, Grau está inquieto. Siente el impulso de salir con el "Huáscar" al encuentro de las naves chilenas. Le tiene un gran afecto a este barco, paladín de tantos sucesos y batallas. El "Huáscar" es para él como la niña de sus ojos, como el cariño que siente el jinete por su caballo preferido. "Ninguno maneja el 'Huáscar' como yo —dirá en una conversación—, y en este concepto, no encuentro otro que me reemplace y conozca las cualidades y defectos de este buque". No es vanagloria. Es el orgullo de sentirse compenetrado con quien ha peleado duras batallas; juntos han sufrido y gozado ante las victorias; juntos, codo a codo, día a día, han luchado por un ideal. Pero en esta última noche, Grau ha dormido poco. De madrugada ha ido a confesarse en la iglesia de los Descalzos. Desde Arica, el 30 de septiembre de 1879, ha dejado una carta a su querida esposa, dándole encargos familiares y recuerdos a sus hijos. Algo presiente. El león bravo del Pacífico tiembla. No de miedo. En lontananza, una voz parece que le llama de distintas formas a un final incógnito. Zarpa de Arica hacia su última batalla. Está acongojado, triste, sombrío y pensativo; cosa rara en él, que siempre mostró serenidad, temple y acogida. Les dice a sus Oficiales: "Estoy muy triste; algo cuya causa ignoro, me tiene atormentado desde la mañana".



Muestra de audacia y peligrosidad en el ataque.

Amanecer del 8 de octubre de 1879. El "Huáscar" está cercado por tres barcos chilenos: "Blanco Encalada", la "Covadonga" y "Matías Consiño". Pronto, en el horizonte aparecen tres humos más: son el "Cochrane", el "O´Higgins" y el "Loa". El "Huáscar" ya no puede escapar como lo hizo en otras oportunidades. El cerco se va estrechando cada vez más. Pero la bravura y el arrojo del Almirante y sus hombres se revelan. A las 9.35 minutos, una malhadada granada de la "Encalada" revienta en la torreta de mando del "Huáscar". Grau quedó destrozado. Por el aire pudieron vencerle, mas no por el mar. Tenía 45 años.

Me encuentro, con gusto y orgullo, en el "Huáscar". Fue construido en el astillero Lairdlos (1864-1869). El blindaje es de planchas de metal de 4.5 pulgadas. Poco podían dañarlo las bombas, obuses y morteros. La proa termina con un imponente y terrible espolón. Desarrollaba una velocidad de 12 millas, equivalente a 21 km por hora, y podía desplazar 1.100 toneladas. Desde la proa hacia la popa se topa uno con la torre de artillería giratoria con dos cañones de 10 pulgadas. La torreta presenta una forma cilíndrica, cubierta con un blindaje de 5.50 pulgadas. El aparejo (conjunto de palos, vergas, jarcias y velas) era de bergantín, con el trinquete (palo de proa) en forma de trípode. Detrás de la torre de mando está la chimenea telescópica, que cuando se requería podía contraerse para mejorar la maniobra de velas. En el nivel inferior, la sala de máquinas.



El "Huascar" voló como un cetáceo gigantesco de fierro adormecido en el mar.

Las calderas están reforzadas y cuentan con válvulas de seguridad. Las carboneras almacenaban 100 toneladas de carbón. El depósito de víveres y pertrechos había sido preparado para seis meses. Entrar en la cámara de Oficiales —aparejada con muebles de calidad, cuadros, lámparas y un espejo a la espalda de la silla donde se sentaba el Almirante—, conmueve. En un rincón, al lado de babor, veo la cámara del Almirante Grau: el lecho, un aparador, un lavatorio, el suelo tapizado con un encerado de regular calidad, una elegante espada colgada de la pared, y en la cabecera del lecho del Comandante, los retratos de su señora esposa y de sus hijos.

Ahí está el "Huáscar" y el recuerdo imborrable del Almirante Miguel Grau. Todavía palpita en sus paredes metálicas el paso firme y seguro del Almirante, su voz, su aliento y su gran cariño por todos. Ahí está el "Huáscar", gigantesco cetáceo de fierro, adormecido, canturreado por las olas eternas del mar, como una canción de cuna, contándole con nanas las bellas proezas, los avatares, las alegrías y sinsabores de la vida, los hechos y palabras de los hombres mar, las heroicas hazañas que por su medio se realizaron. El "Huáscar" figura en la nómina de la Asociación Mundial de Museos de Barcos Históricos y ha sido declarado el primer museo naval del mundo. Chile lo custodia como una reliquia, no como un latrocinio. Y con el "Huáscar", inseparablemente unidos, el Almirante Miguel Grau, el "Caballero de los Mares".

